

MEMORIAS
DE PAULINA

JOSÉ NEGRETE





NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA

MEMORIAS
DE PAULINA

JOSÉ NEGRETE

César Cañedo
Presentación y edición

César Cañedo y Braulio Aguilar
Notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

José Negrete, *Memorias de Paulina*

Primera edición digital: 28 de noviembre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Cancán para un escándalo. <i>Las Memorias de Paulina</i> de José Negrete <i>César Cañedo</i>	7
<i>Memorias de Paulina</i>	
Prólogo	19
I. El barón	23
II. Aventura nocturna	27
III. Primeras armas	31
IV. Una orgía	37
V. Adulterio	41
VI. La prensa de México	47
VII. Perico	53
VIII. La moda	57
IX. El garito y el nido	61
X. La virtud	63
XI. La fuga	71
XII. La calumnia	75
XIII. Mi marido	79
XIV. Entre sombras	83
XV. !!!	87

XVI. La misma jeringa	89
XVII. Amor platónico	93
XVIII. Los coburgos	97
XIX. El programa	101
XX. Cae el telón	103
Epílogo	105
Noticia del texto	107
José Negrete. Trazo biográfico	109
Notas	111

PRESENTACIÓN

Cancán para un escándalo. *Las Memorias de Paulina*
de José Negrete

César Cañedo

José Negrete (1855-1883) publicó de manera anónima, en 1874, las *Memorias de Paulina* cuando sólo contaba con 19 años. La aparición de la novela provocó un escándalo en su momento. El joven autor había vivido en Bruselas, era hijo de un diplomático, y se le conoció más como periodista y político; fue seguidor de Lerdo de Tejada y después opositor a los gobiernos de Porfirio Díaz y Manuel González. Su desconocimiento como autor literario tiene que ver con que pertenece a una línea de escritores de segundo orden, dedicados a un periodismo con pocos escrúpulos, que no tenían reparos en atacar la moral, las buenas costumbres y a los personajes (hombres y mujeres) de la alta sociedad del último tercio del XIX mexicano. Adolfo Carrillo, en sus *Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada* (1890), cuenta el chisme —entre muchos otros— de que José Negrete

fue novio de Carmen Romero Rubio, la segunda esposa de Porfirio Díaz.

Como sea, Negrete fue un joven incendiario con su pluma que desarrolló sobre todo su vena periodística, dirigió un periódico —*El Correo del Lunes*— y, en otros impresos en los que colaboró, escribía notas sobre espectáculos que adornaba con chismes y calumnias sobre las actrices y el público distinguido. Ese ejercicio de crítica mordaz y escarnio público llegó a extenderlo del periodismo a algunas de sus publicaciones en el formato de libro.

Tal es el caso de *Memorias de Paulina*. La novela está escrita en primera persona y la narradora, Paulina, una bailarina francesa que en nuestro país se dedicará a la prostitución y a la vida galante, nos cuenta pinceladas de su vida para detener mayormente su narración en su arribo a la Ciudad de México. Ya instalada, lanza críticas y denuncias a la sociedad mexicana de la que, sobre todo, se burla. Aparentemente Negrete se basó en alguna bailarina de la época que, como Paulina, transitó por el país, por lo que el personaje principal y varios de los amantes de ésta pretenden ser alusiones a personas de carne y hueso que algunos lectores de 1874 podían reconocer, para escándalo de toda la sociedad capitalina. Ciro B. Ceballos, en sus memorias *Panorama Mexicano (1890-1910)* menciona que la Paulina ficticia de

Negrete era en la vida real Paulina Delafontaine, que se casó en México con un peluquero francés famoso en la época, Pedro Micoló.¹ Las alusiones a banqueros, comerciantes y políticos ahora son difíciles de rastrear; sin embargo, dotaron, en su momento, de mayor interés por la lectura de la obra que la progresión narrativa en sí.

La novela que, como muchas en la época, hace una ficción del género de las memorias (en este caso memorias apócrifas y fictivas) es también una suerte de libelo. Éste tiene como objetivo calumniar, representa un escarnio y un ataque públicos. Otro caso similar al de *Paulina* es el de *Memorias de Merolico* (1880), novela publicada por José Negrete bajo el seudónimo X. Y. Z. En ésta el personaje es histórico y conocido en el imaginario mexicano decimonónico, pues se basa en la vida del tal Rafael Juan de Meraulyok, un sujeto extravagante, presumible estafador que vendía en las plazas públicas productos milagrosos y que supuestamente llegó a México en 1879. Lo conocían como el “señor Merolico”, quien da origen al mexicanismo que se refiere al charlatán o curandero callejero que con labia y una suerte de performance público pretende curar.

Las *Memorias de Merolico* aprovechan la coyuntura de la llegada del estafador a la Ciudad de los Palacios, así como su permanencia en el imaginario de los habi-

tantes de ésta. La obra cuenta someramente el origen de Merolico, para posteriormente incluir una intriga misteriosa que lo llevará a instalarse en el país. Al recorrer las calles de la ciudad, la voz narrativa de la novela, como en el caso de Paulina, se concentra en hacer una crítica a los personajes que frecuentaban el teatro y los bares; se burla también de los intelectuales de la época y de la prensa, pues, como dice Merolico: “El que en México lee un periódico, los ha leído todos”.² Pasa a segundo término la acción narrativa y la serie de omisiones de información corroboran el interés de Negrete por estos ejercicios que entrecruzan la narración propia de las novelas con la denuncia propia de los artículos incendiarios.

Tanto *Memorias de Paulina* como *Memorias de Merolico* cuentan con una estructura narrativa elemental. Importarán más las anécdotas y la crítica a la sociedad mexicana que la acción narrativa, de ahí que sea posible considerarlas como extensiones del trabajo periodístico del autor. Incluso algunos capítulos de ambas obras estructuralmente son artículos de opinión de Negrete, y en éstos pareciera olvidarse de sus personajes, de sus máscaras enunciativas y narrativas. En las *Memorias de Merolico* es mucho más notable la escasez de recursos. Paulina, como voz narrativa, cuenta más acciones involucrándose con sus amantes, anécdotas de estos lances

y chistes, la trama de la protagonista es pocas veces dejada de lado. La brevedad es un recurso sustantivo, los capítulos son puntuales y sin muchos rodeos. En ambos casos predomina el interés del autor por hacer una crítica burlona al espacio público y sus protagonistas, a las costumbres importadas de los habitantes de la Ciudad de México, y a ciertos personajes ilustres de la alta sociedad.

Memorias de Paulina fue particularmente escandalosa. Tanto así que, de acuerdo con lo que nos cuenta Adriana Sandoval en un artículo sobre la censura en esta novela, fue una de las obras literarias de nuestro XIX que pasó por un proceso judicial por no incluir datos reales acerca del autor, editor y lugar de impresión en el pie de imprenta de la primera edición de la novela (era ya una ley hacerlo), y por atacar la moral de la sociedad mexicana.³ Lo anterior dio pie a la murmuración y provocó un gran interés por su lectura, algo que seguramente Negrete esperaba.

Hay varios niveles de escándalo en la novela en cuestión. Por un lado, respecto al mundo narrado, tienen que ver con escenas escabrosas de sexo y una postura libre de la femineidad, por otro, las declaraciones del personaje. Al inicio, Paulina narra rápidamente su infancia y juventud y esboza haber sido víctima de una violación, acto que es nombrado como “bautismo de

fuego”, y que no es necesariamente condenado en la narración (machismo y necropolítica imperantes en Negrete y en el imaginario patriarcal decimonónico). La escena aparece como punto de partida para la conversión de Paulina en una mujer que se vengará de la lujuria de los hombres al atender sus placeres, pues lo hará siempre con frialdad e indiferencia, lo que le permitirá tener una corte de amantes y dedicarse a la prostitución; a la manera de algunos personajes del Marqués de Sade.

Otra escena escandalosa ocurre en su llegada a México, cuando, con otra compañera de la compañía de baile parisina, es “robada” por un par de pollos (jóvenes, en general, de clase media) para tener sexo al lado de un panteón. Además, es curiosamente la única obra del XIX mexicano en la que he encontrado —hasta ahora— el uso de la palabra masturbación. El Negrete escondido en la máscara de Paulina la usa para referirse a la “masturbación moral” que lleva a las jóvenes mexicanas a conformarse con la idea acartonada del matrimonio; aun en sentido metafórico la presencia de la palabra no deja de ser atrevida para la época.

En cuanto a las opiniones vertidas por Paulina, la denuncia feroz a la opresión matrimonial es una constante y la voz narrativa arroja sentencias como la siguiente: “Vivir bajo la autoridad perpetua de un hom-

bre a quien se aborrece es una esclavitud insoportable”. Ataca decididamente al hogar y al prototipo construido en ese siglo para el control del ideal femenino: el ángel del hogar. Paulina desmonta el estereotipo, pues las mujeres del hogar (y ella misma) tienen fantasías eróticas, pueden llegar a tener además malas intenciones y planes de venganza; así como dudas amorosas y necesidades de probar otro hombre, incluso estarían mejor si los matrimonios tuvieran fecha de caducidad, parece decirnos Paulina, quien opone, de este modo, al modelo de mujer buena con el modelo extremo de la mujer libre, la *femme fatale*. Quizá la *Salamandra* (1919) de Efrén Rebolledo presentará otro modelo de mujer tan libre como Paulina, aunque ésta es decididamente distinta de la *femme fatale*, puesto que a Negrete no le interesa ni condenarla, ni demostrar que llevaba a los hombres a la perdición, sino que elabora una crítica singular del matrimonio denunciando la imposibilidad de disolver el vínculo.

El tema de la prostitución aparece, como hemos anticipado, sin condena moral para la protagonista. La presencia de éste en la literatura de nuestro país se relaciona con éxitos editoriales que dejan ver la doble moral mexicana, ávida de consumir productos culturales hechos por hombres en los que se habla con pelos y señales de la prostitución femenina. En nuestro XIX

destacaron el poema “A una ramera” de Antonio Plaza, que idealiza románticamente el amor a una prostituta, y al inicio de la siguiente centuria encontraremos a *Santa* (1903) de Federico Gamboa, la cual recibe condena.

Todos los ejemplos hasta ahora mencionados tienen en común haber sido escritos por un varón, la mirada sesgada y heterosexual del deseo erótico determinan la actuación de estas protagonistas, aunque resulta curioso que Negrete defienda de alguna manera a Paulina, al presentarla como irredenta y libre, para poner a bailar a todos los amantes implicados al son del escándalo.

En *Memorias de Paulina* aparecen muchas burlas irónicas y momentos de comicidad involuntarios, por ejemplo, Paulina viene como bailarina a México, pero no sabe bailar y su compañía fracasa montando coreografías, por lo que se entiende que la protagonista y las demás fueron traídas para dedicarse a la vida galante. Es notoria, en la novela, la influencia y el dominio cultural de Francia en la época: en la comida, los hábitos, la música, los bailes, el espectáculo, y la imitación que algunos sectores altos y aspiracionistas de la sociedad hacían de sus valores. Por supuesto, nuestra Paulina se burlará constantemente de esto. En el capítulo “Una orgía”, la protagonista se aburre del candor de las orgías mexicanas (hechas por la casta política), compa-

rándolas con el desenfreno francés. La impericia de los amantes aparece también como burla, la gravedad de su cortejo resulta cómica, los jóvenes mexicanos son malos conquistadores amorosos: en síntesis, son tímidos, conversan poco y visten mal, según Paulina.

Para la protagonista, las mujeres mexicanas exageran con su vestimenta y sus joyas, y, además, lanza una crítica al desarrollo de la cosmética, que las intoxicaba por los materiales con que las cremas y demás productos eran elaborados. Sin embargo, esta comicidad del cortejo, la exageración en la vestimenta femenina, y otras marcas, como la decoración recargada de adornos chillantes y nada armoniosos del cuarto de Paulina, anticipan valores de lo que después conoceremos como una estética kitsch, a la que la protagonista sin querer queriendo se adapta, después de criticarla arduamente, ¿influencia del aire mexicano tan frecuentemente criticado no sólo por Paulina?

El final es abierto y pretende despertar la intriga acerca de la ubicación final de Paulina. Otra voz narrativa, un Negrete menos enmascarado, especula sobre si la problemática heroína volvió a París, debido a que la presencia de ésta atacaba directamente a varios matrimonios consolidados. Forzados por esta presión, tres amantes (entre ellos un padre e hijo) intentan convencer a Paulina para que salga del país, pagándole, y no se

resuelve la determinación final de ésta. En la novela se declara escandalosamente que la imaginación de la mujer es potente y muy sexual. Seguramente Paulina logró la manera de encontrarle ventajas a la inventiva para engañar, finalmente, a sus amantes. Para averiguarlo y tomar una postura al respecto, no queda más que leer al ritmo del cancan sus correrías por las calles y hoteles de México.

MEMORIAS DE PAULINA

*A Fanny Ronquerolle
Paulina*

Lorsque une femme raconte ses amours,
on n'osera jamais se moquer d'elle.

Ninon de Lenclos⁴

PRÓLOGO

Nací el 18 de marzo de 1850. Mi humilde cuna se meció arrullada por el aliento de la caridad pública, teniendo por cielo el techo de un hospital, eterno refugio de las madres que no pueden dar nombre a sus hijos.

La mía tuvo la debilidad de ceder a las instancias de un sátiro enamorado y el cómplice abandonó a su víctima para servirle de verdugo.

Mi primera infancia se deslizó con monótona velocidad, sin grabar en mi memoria, virgen todavía, esos tiernos sentimientos de ilusiones y esperanzas.

Cuando cumplí once años, el director del *ballet* de un teatro de tercer orden decidió que me sería conveniente aumentar el número de sus figurantas; estudió el precio de mis servicios en la desnudez de mis formas y dispuso con engaño que al día siguiente recibiría el bautismo de fuego en su habitación. Allí tuvo lugar una escena horrible...

Pálida, triste, llorosa y afligida, salí de aquella casa maldita, avergonzada de una falta que no había come-

tido, puesto que mis lágrimas y mis sollozos protestaron contra la brutalidad del infame que violó el tabernáculo de mi virtud.

Desde aquel día, devorando libros deshonestos y prostituyendo mi imaginación con figuras obscenas, combatí el veneno de la lujuria con el frío indiferentismo de mi carácter.

Ajena a los encantos de la familia y a las dulzuras de los desahogos domésticos, rompí la última cuerda de ese violín que se llama en el mundo sentimiento.

Paganini no hubiera encontrado una fibra más delicada que la mía, pero la fatalidad es una ley que domina a la naturaleza y tuve que declararme vencida.

Pensé en las delicias de las aventuras galantes y resolví que, latiendo en mi pecho un alma de artista, el destino me llamaba a perfeccionar el oficio de cortesana.

Una vez que el programa estaba fijado, me entregué sin desconfianza y sin escrúpulo en brazos de un profesor de la orquesta *des Varietés*; en seguida ascendí a la cámara de un pintor escenógrafo; poco después espabilé mi fastidio con el jefe del alumbrado; más tarde me resigné a servir de modelo a los caprichos del apuntador y, por último, me casé por derecho natural, sin ceremonia, entregando la mano izquierda y con ella mi cuerpo impuro (?) al hermano de una corista, escribiendo de la agencia teatral Desalazar y Giacomelli.

No contaré una por una las peripecias de mis pequeñas miserias: la risa y el buen humor son el patrimonio exclusivo de las alegres traviatas y magdalenas, que para arrepentirse y resignarse esperan la llegada del Cristo de los judíos.

Una noche se presentó mi amante, diciendo que una empresa para México quería contratar veinte o veinticinco muchachas para formar cuerpo de baile en una compañía de ópera.

Desde luego acepté las proposiciones y al día siguiente se presentó en mi casa el futuro empresario.

Aquí principia la historia.

I EL BARÓN

Eran las diez de la mañana.
Mi doncella, que sin duda no lo era, me anunció la visita de un caballero.

Di orden de que entrara al salón y me instalé tres segundos frente al espejo para recibir con coquetería al que tan de mañana venía a buscarme.

Era un hombre como de cuarenta años de edad. Si me hubiese dejado guiar por mi primera impresión, habría creído que se trataba de un fabricante de cerveza. Sin embargo, sus modales distinguidos, su palabra fácil y su natural desenvoltura lograron convencerme de la carta de ciudadanía de mi interlocutor: un francés nacionalizado polaco.

Me contó mil historias y anécdotas, algunas originales y otras que había leído en novelas más o menos inverosímiles; me dijo que era empresario, que en el próximo paquete partía para México; me sedujo con su conversación animada; firmé la escritura y, para sellar el pacto, almorzamos juntos en Le Moulin Rouge. En la noche fuimos a ver una vez más la *Genoveva de Brabante*,

después del segundo acto nos fuimos a dormir... Y al día siguiente los dos tuvimos tanto sueño que despertamos a las tres de la tarde.

El barón me presentó a un joven mexicano llamado Carlos, alto, rubio, grueso y que tenía el candor de hacerse pasar por hijo de la reina de España, cuando su familia conserva un trono de monedas en el antiguo reino de Tlaxcala.

Carlos se acompañaba con una de mis futuras compañeras llamada Antonia, la que a falta de buen humor y de talento proporcionaba la satisfacción de una belleza plástica a su pareja que tampoco ha inventado la pólvora.

Algunos días después salimos para San Nazario y antes de embarcarnos descubrí en la playa a un joven alto, colorado, y que según malas lenguas era hijo de Víctor Manuel; como soy una mujer de capricho, resolví pasar el mareo en el camarote de ese tipo, que era nada menos que Arrigotti, el desventurado tenor de la compañía.

Con esa confianza que inspira la navegación entre los viajeros penetré una mañana en la *cabine* del barón.

El pobre derramaba una lágrima en un vaso de *brandy*.

Después de todo soy una mujer sensible y resolví compartir mis favores entre el tenor y el empresario.

Todas las artistas estaban celosas de mí y una de ellas llegó hasta el grado de inventar que la pobre Paulina había sido *pétroleuse* en tiempo de la Comuna y que mi nombre figuraba en la lista de los deportados a Caledonia.⁵

Para probar la falsedad de esa calumnia basta decir que no me llamo Paulina.

Este nombre no es más que la firma indispensable que debía sellar el pasaporte de mis locuras y extravagancias en México, siguiendo la moda de esas heroínas de recámara, célebres por sus batallas entre la sábana y la almohada y que buscan pretexto para cambiar de nombre, tomar el de otras y olvidar el suyo.

Creí que el ardiente clima de los trópicos y el decantado carácter de su raza me proporcionarían el contingente de emociones que, llena de inmodestia, pensé poder comprar con mi caudal de hermosura y juventud.

Un error de cálculo me inducía a sacrificar algunos meses de esa edad que nunca vuelve, en aras de mi capricho y de esa pequeña virtud del sexo que toma el nombre de curiosidad.

Durante el viaje ocurrieron algunos lances originales, y mis compañeras, bastante alegres todas, bebían diariamente diez o doce botellas de *champagne* en compañía de la tripulación.

Llegamos a Veracruz después de haber pasado cerca de treinta días entre el cielo y la mar.

Todo el mundo se precipitó al hotel de Diligencias; el de Europa inspiraba poco interés a los turistas.

Al día siguiente emprendimos la marcha para la capital y, al llegar a la estación de Buenavista, tuvieron lugar escenas extraordinarias que bien merecen el honor de un capítulo aparte.

II AVENTURA NOCTURNA

Un grupo de jóvenes se precipitó a nuestro encuentro.

Los unos espían inocentemente nuestras pantorrillas, mientras los otros, más audaces, llevaban su valor hasta dirigirnos una galantería en un francés que no teníamos la obligación de comprender.

Al ver la avidez de los numerosos pollos que nos hicieron los honores de la recepción en Buenavista, se me ocurrió preguntar si en México no había mujeres, y si cual en otra Isla Verde, el gobernador y su secretario reclutaban cien vírgenes para satisfacer el apetito de los ciudadanos.

Como yo estaba comprometida con Arrigotti rechazé al principio las amables insinuaciones de los amigos del barón, pero viendo que mi tenor ofrecía el brazo a la Saurel, acepté al fin el simón que un joven barbilampiño me designaba con instancia.⁶

Antonia y yo montamos sin escrúpulo alguno en el pestilente carruaje que nuestros interesados acompa-

ñantes ponían a nuestra disposición. Uno de ellos gritó al cochero:

—A la Piedad.

Aunque este nombre no figuraba en la lista de hoteles que se nos había proporcionado en Veracruz, nada temimos, pues nos inspiraba confianza la fisonomía candorosa y tímida del más joven de los dos señoritos que nos hacían *vis-à-vis* en el indecente vehículo, que por espacio de tres cuartos de hora nos llevó saltando al través de una interminable calzada.

Los pies y las piernas de esos dos jóvenes estaban en movimiento continuo, en contraposición con su lengua que no perdía su inmovilidad, sino para mastigar de vez en cuando un disparate en francés.

De repente se paró el coche. Antonia y yo sacamos la cabeza y vimos con asombro que ni a lo lejos se descubría una sola casa.

Estábamos casi a una legua de la capital y se nos había tendido una red.

Nuestros pollos trataban de forzarnos, recurrieron para ello a sus pistolas y pretendieron influir de una manera violenta en nuestra imaginación, extraña entonces a las escenas novelescas de la joven América.

La resistencia que opusimos fue inútil. Nuestra virtud tuvo que tomar a broma el plan del rapto y fuimos conducidas al hotel del Turco, después de haber

pasado dos horas en un panteón al lado de nuestros robadores.

El nombre del hotel nos hacía esperar un lujo oriental; pero pronto nos convencimos de que aquella casa era una *lionera* infecta, por lo que nos dirigimos rápidamente al hotel Iturbide.

En los salones de Recamier estaban todas nuestras compañeras devorando los manjares apetitosos que por orden de la empresa se habían preparado.⁷

Al llegar nos vieron con cierta curiosidad y malicia, pero el aplomo de una experiencia de varios años nos permitió engañar la murmuración de todo el mundo.

Treinta o cuarenta pollitos buscaban pretexto para entrar en conversación con nosotras y sólo uno de ellos sabía hablar francés. Esta circunstancia me hizo suponer que en México no se daba la preferencia a la enseñanza de idiomas.

Lamentando tamaña desgracia subí a un cuarto bastante mal amueblado y que, según me dijo el administrador, ganaba cuarenta y cinco pesos al mes.

Apenas había cerrado los ojos, cuando oí el ruido de una llave y se abrió la puerta de mi recámara.

Era un intruso que, sabiendo que la mayor parte de las bailarinas se hospedarían en el Iturbide, había conseguido algunas llaves para sorprender el monólogo de las viajeras.

Despedí cortésmente al autor de este plan, quien no tuvo otra fortuna que la de adivinar la felicidad a través de mi camisola de finísima batista, y pensando en mi primera aventura en México tuve un sueño caprichoso: un turco me arrebatava del seno de mi familia para trasportarme a un castillo. Algunos días después ratifiqué que se trataba del palacio de Chapultepec.

III PRIMERAS ARMAS

Al despertar en la mañana siguiente, vi que un papelito se había deslizado por debajo de la puerta de mi cuarto.

Lo recogí; estaba firmado por Orsini, director del *ballet*, quien me avisaba que a las once tendría lugar el primer ensayo.

Hice mi *toilette* y me dirigí al teatro.

Por espacio de dos horas el maestro lidió con nuestra ineptitud para el arte coreográfico, confesándose vencido y entregándonos a nuestra propia vergüenza y a la desesperación del público, que en un entreacto de *La traviata* debía asombrarse de que nuestro mérito no estuviese a la altura de sus aspiraciones.

Ese día almorzarnos en el Tívoli llamado de San Cosme.

Su propietario, Porraz, no pasa de ser un marmitón con pretensiones de artista, que ni siquiera sabe bautizar sus manjares con una picaresca originalidad nominal.

El *menu* parecía un poema de la frugalidad espartana. Sopa de ostiones, con un ostión por persona, sin

contar los invitados; una *omelette* de huevos de tortuga, confeccionados en el gallinero del Volador; empanadas de pescado, que recibieron el pomposo título de volovanes de salmón; un pollo a la tártara, regado con media botella de vino blanco; sesos con cepses,⁸ que no pasaban de ser una triste parodia de la especialidad bordelesa; y como postres, media docena de botellas de *champagne*, llevando por etiqueta la detestable marca de la Corbata.

La sidra me había inspirado sueño y me retiré al hotel donde me sorprendió, entregada a los horrores de la digestión, una galante misiva de un joven moreliano que tenía la debilidad de entregarme su corazón, haciéndome comulgar la píldora bajo la forma de un botón de diamante.

El barón, que estaba en el candelero desde que el ingrato Arrigotti me negaba el privilegio exclusivo de sus caricias, me obsequió con un collar de oro del que pendía un relicario precioso.

Naturalmente el pobre tenor me pareció desde luego insoportable y sus anécdotas de taberna se me figuraron indignas de obtener una sonrisa, puesto que apenas alcanzaban a provocar las estrepitosas carcajadas de un héroe de café o de un rayador de billar.

Vagué dos o tres horas por las calles de México, que me parecieron intransitables, tanto más cuanto que

un cronista amable tuvo la humorada de decir que mis botas darían envidia a una princesa andaluza que acostumbra tomar baño de pies en una copa de vino del Rin.

La capital se reduce para una *cocotte* al *boulevard* de los hombres ociosos,⁹ es decir, Plateros y San Francisco. Todo el mundo me conocía ya y me señalaba con el dedo. Haber llegado la víspera y despertar la curiosidad universal sólo puede disculparse en una casa de vecindad.

En la esquina de la peluquería de ese grotesco fanfarrón que se llama Broca, y cuyos modales revelan desde luego la escasa educación de un barcelonete de provincia, se hallaba un grupo de *dandys* vestidos al gusto del país: pantalón de cuadros escoceses; botines de charol; levita de terciopelo, aunque haga un calor sofocante; sombrero asquerosamente sucio; manos *idem*; hablando en alta voz y gesticulando como un dentista de feria.

Como he residido algún tiempo en Barcelona comprendo un poco el español y pude percibir al pasar estas palabras de una conversación que me interesaba directamente:

—Paulina tiene treinta años. Ella misma me lo ha dicho.

Esta frase, que caía de los labios de un niño, que hablaba bajo la impresión de la leche maternal, me hizo

sospechar que no era del todo cierta la precocidad de la raza, puesto que se inventaba una calumnia tomando al mismo reo por testigo, haciéndome confesar una mentira absurda y referente a mi edad, el único secreto que sabemos guardar las mujeres.

Me retiré pensativa, porque han de saber ustedes que la naturaleza se ha ensañado tanto contra mí que, además de los numerosos defectos del sexo, también me ha concedido los vicios de que suelen hacer gala esos necios que dicen sus barbaridades en tono serio y magistral.

En ese momento llegué al almacén de modas de Clara Pagés.

Ya se me había informado de que aquella casa servía de cuartel general a la aristocracia del galanteo y quise juzgar por mis propios ojos lo que allí pasaba.

Había en la casa citada una cubana que respondía al nombre de Luisa: una mujer de cuarenta años; debe haber sido encantadora, aunque su dentadura muy careada vende la falta de aseo, defecto imperdonable en una hija del placer.

También se habían instalado cerca del mostrador tres o cuatro de mis compañeras del cuerpo coreográfico. No me extenderé, por ahora, acerca de ellas, porque en el curso de este libro tendré ocasión de consignar el profundo desprecio que me inspiran.

Antes de salir de ese establecimiento, mandé hacer un traje de tarlatana blanca, con adornos azules, y otro de seda verde con encajes de Bruselas; este último debía servirme para la fiesta campestre que algunos jóvenes alegres habían organizado en ese mismo Tívoli que tan malos recuerdos me había dejado.

Todo lo que ocurrió en aquella memorable noche es de tal manera interesante que voy a extenderme sobre el particular, relatando hasta los menores detalles de esa fiesta, que pinta perfectamente de qué manera se comprende en México el placer, y por qué la falta de trato y la timidez de la juventud la inducen a buscar en el estrépito de un grito salvaje esa alegría bulliciosa y desatentada que nunca se encuentra en el fondo de una botella.

IV UNA ORGÍA

Uno de los senadores del Tívoli había sido adornado e iluminado *a giorno* y en uno de los salones se había dispuesto una magnífica cena.

Los invitados llegaron con esa precipitación que caracteriza siempre las fiestas en que de antemano se prevé un desenlace que acaricia los sentidos sin elevar el espíritu.

Desde luego me llamó la atención que para hacer los honores a quince o veinte mujeres que, como decía Bulnes,¹⁰ levantan la pierna a una altura donde ya el pudor no se ve, los jóvenes mexicanos se hubiesen endosado con gravedad cómica el frac y la corbata blanca.

Creí que se trataba de una extravagancia y pasé revista a esas damiselas que debían ejercitar su elasticidad en las primeras cuadrillas.

La orquesta preludió las entusiastas figuras de *L'Oeil crevé* y todo el mundo tomó la postura más insinuante de su repertorio.¹¹

La pareja que nos hacía *vis-à-vis* no dejaba de ser original: un diputado de la oposición ligeramente instruido

en los secretos de la *tulipe orageuse*,¹² fingiendo comprender todo lo que decía su compañera, una rubia alemana, que murmuraba entre dientes una de las maldiciones favoritas de esos melancólicos filósofos que se pasean con su flauta debajo del brazo por las orillas del Alster.

El padre de la patria se había evadido del techo conyugal, burlando la celosa vigilancia de su cara mitad. Escogiendo los faldones de su casaca, llevando la corbata blanca en la bolsa y haciendo otro tanto con los botines de charol, había salido de su casa bajo el pretexto de asistir a una sesión extraordinaria del Congreso. Cuando a las dos de la mañana el representante del pueblo volvió al hogar doméstico, los humos del alcohol le habían hecho olvidar que estaba de guante blanco, y la engañada esposa al ver entrar a su marido *en grande tenue* se entregó a un desahogo de familia,¹³ cuyo interés dejo al juicio del lector.

Volviendo al Tívoli, el espectáculo carecía de esa animación peculiar en las orgías entre mujeres alegres y hombres de mundo.

El cancán hubiera parecido un *minuet* a la más recatada de las pensionistas de Mabile,¹⁴ que sin duda habría reído de buena gana al ver el rubor que encendía el rostro de todos esos pollos tímidos y candorosos.

Entre los más animados se distinguía un joven alto, bien parecido, de tez morena y de ojos negros,

que ya me había llamado la atención en la fonda de Recamier.

Bailé con él tres o cuatro piezas, y el barón, que había sido hasta entonces mi compañero oficial, se quiso entregar a un desahogo de mal tono, llamándome ingrata y arrancándome el relicario que llevaba al cuello y que pocos días antes me había regalado.

Carlos, el joven aquel se llamaba Carlos, creyó deber indignarse y con tono insolente dejó caer estas palabras:

—No insultes a una *señora*.

—Yo no insulto a las mujeres sino cuando van del brazo de un hombre —replicó inmediatamente el barón y entonces tuvo lugar una escena de golpes y puñetazos que yo no podré describir porque me pareció conveniente desmayarme.

El sainete terminó con una batalla general. Los vasos y las botellas volaron por el aire, unos se atrincheraron detrás de las mesas, otros se defendían con una silla, todo el mundo gritaba y yo creí deber eclipsarme con el contrincante del barón, que perdió desde entonces todo mi favor.

Un nuevo amante es siempre un acontecimiento en la historia de una mujer, y yo, con toda la buena fe de que soy capaz, confieso que el idilio que escribí aquella noche en compañía de Carlos me pareció la última pá-

gina de ese libro inmortal escrito bajo la impresión de los recuerdos.

Para gozar no se necesita más que una pequeña dosis de sensibilidad condimentada con la pimienta de la ilusión.

Fuera de ahí la mujer es una máquina que la naturaleza ha hecho tan insensible como la imagen elaborada en los talleres de un estatuario.

Muy poco tiempo me satisfizo la gravedad íntima de mi nueva conquista y logró evaporarse por completo la aureola de poesía que la rodeaba cuando supe que había dejado en el monte de piedad su lujosa silla de montar para traerme, en cambio, un miserable aderezo de ópalos cuyo valor está en proporción directa de la distancia que nos separa del lugar en que se encuentran.

Trató de convencerme de que me quería, pero advertí que en él había más vanidad que cariño y resolví reemplazarlo con otro más artista, a pesar de sus instancias, de sus promesas y de sus amenazas.

Estaba decidida y no era posible vacilar.

Cuando una mujer toma una resolución no es fácil hacerla prescindir, y tratar de convencerla es tan imposible como tallar una lápida de mármol con una navaja de Escabasse.¹⁵

V ADULTERIO

Después de que induje a Carlos a presentar su renuncia, busqué bajo la severa toga de un representante de la ley un atractivo más sólido que la conversación soporífera de esa pléyade de pollos insustanciales que no ofrecen a la mujer con quien viven otra renta que el caudal de necedades que se elabora gratis en la fábrica del cerebro humano.

Cada cabeza es un bazar de ideas donde se rematan las opiniones y la conciencia de los que no tienen la energía y el valor de protestar.

Un hombre, por amable, por joven y robusto que sea, cansa, fastidia y se gasta más pronto que un par de guantes y, sin embargo, la sociedad condena a la mujer que se insurrecciona contra esa perpetuidad tiránica que se trata de imponer a sus sentimientos.

El juez que la casualidad había atravesado en mi camino era casado.

Estaba unido por lazos inquebrantables con otra mujer y este inconveniente no dejaba de ser un atractivo para mí.

Nunca he comprendido mejor las ventajas de la disolubilidad matrimonial.

¿Qué puede esperarse de un contrato en que se consigna una cláusula tan absurda como la siguiente? “No podremos separarnos, aunque llegue un día en que nos aborrezcamos tanto como hoy nos queremos”. Semejante condición tiene algo de contradictorio que choca a primera vista y todo el mundo considerará ese voto como temerario, pensando que la humanidad debe abolirlo.

Pero esta cláusula absurda y cruel no es la mujer quien la pide, no es el hombre quien la invoca, sino la ley que se interpone entre ambos contratantes, lo sorprende en medio de sus transportes de juventud, en esos momentos que inician una perspectiva de felicidad, y les dice: “Os unís con la esperanza de ser felices, pero os declaro que entráis en una prisión cuyas puertas quedan cerradas para siempre; seré inexorable a vuestros dolores y a vuestros quejidos, a vuestros tormentos y a vuestras súplicas, y aun cuando lleguéis a heriros con vuestras propias cadenas, no he de permitir que el carcelero os separe ni os devuelva la libertad”.

Crear en la perfección del objeto amado, tener fe en la eternidad de la pasión que se siente y que se inspira, son ilusiones que pueden perdonarse a dos niños en

la ceguedad del amor, pero que nunca debieran autorizar los viejos jurisconsultos encanecidos por la nieve de la experiencia.

Si el legislador creyese en la eternidad de las pasiones, ¿por qué había de prohibir mi derecho del cual nadie tendría deseo de usar? Pero no: ha previsto la inconstancia, ha pesado en su conciencia los celos y los odios, ha tenido en cuenta que al más violento amor suele suceder la más irreprimible antipatía y, a pesar de todo, con la sangre fría de la indiferencia ha pronunciado la eternidad de ese voto, aunque el sentimiento que lo dictó haya sido borrado bajo la impresión de un sentimiento contrario.

Si existiese una ley que no autorizase al hombre a tomar un socio, un tutor, un intendente o un compañero, sino a perpetuidad, se exclamaría “¡qué demencia!”, en todos los tonos de ese diapasón que se llama la conciencia humana. Pues bien, un marido es a la vez compañero, intendente, tutor y socio; y, sin embargo, la mujer no puede encontrar sino esposo eterno.

Vivir bajo la autoridad perpetua de un hombre a quien se aborrece es una esclavitud insoportable. ¿Y cómo llamar entonces al horrible martirio de soportar sus caricias y recibir sus besos?

Y no trate de alegarse que el yugo es recíproco: la reciprocidad no hace más que duplicar la desgracia.

Si el matrimonio presenta al común de los hombres el único medio de satisfacer pacíficamente el imperioso deseo del amor, ¿por qué privarlos de sus dulzuras, amedrentándolos con la amenaza de la indisolubilidad? En todas las condiciones de la especie humana se observa la siguiente ley: cada barrera de la salida es un obstáculo para la entrada.

La infidelidad de los esposos está en razón directa del número de seductores, y cuando la muerte es la única esperanza de libertad, ¡qué terribles tentaciones, cuántos crímenes y qué funestos remordimientos...!

¡Lo más frecuente en este género es el *delito negativo*!

¡Qué fácil es el crimen aún para los corazones que no están pervertidos, cuando para cometerlo basta la inacción!

Cada prohibición sirve de estímulo al fuego de las pasiones, y cuando no puede buscarse una segunda esposa, se toma una nueva querida.

Los obstáculos preocupan la imaginación y fortalecen el deseo de vencerlos.

El régimen de la libertad produce menos fantasías errantes que el cautiverio conyugal.

Las mujeres cifran generalmente el crimen de infidelidad en su último favor. Todo lo que precede no les parece culpable sino porque lleva por grados a la realización del delito. Una mujer que tiene la fuerza

de voluntad bastante para no ceder, ni dejarse arrastrar hasta *ahí*, puede, según ellas, entregarse impunemente al adulterio espiritual.

Antes de tomarle gusto al marido es muy común sentir una inclinación decidida por el matrimonio.

Creerse con derecho al amor de todos los corazones que latén en el mundo es una pequeña debilidad del sexo.

Esto explica el escrúpulo de algunas señoras que vigilan la castidad de sus recamareras con un celo sospechoso y ridículo.

Todas las mujeres, excepto mis lectoras, se figuran que el amor puede inspirarse sin deshonor al más insignificante de los hombres y que el solo delito consiste en resentirlo.

Este sentimiento sin duda había atraído mi atención sobre el hijo de un rico financiero.

Tan luego como mis fondos me lo permitieron tomé el tren de Veracruz para embarcarme en un paquete americano y explicar a algún yanqui comerciante de algodón lo que los mexicanos no habían querido comprender.

Los Estados Unidos siempre me han traído desgracia y, para que la regla no fallara, el capitán del puerto me entregó en Ulúa una orden de arraigo que había pedido contra mí Clara, la modista.

Tuve que volver a México y, jurando vengarme de la ingratitud de los que no pagaban mis deudas y cobraban religiosamente mis besos y mis sonrisas, me instalé en el hotel Gual, centro de mis futuras operaciones.

Aunque ya no era menor de edad, me inspiraba desconfianza el aplomo con que conspiraba contra el bolsillo de su padre.

Las minas sirven de pretexto a los especuladores de la bolsa y como la mía necesitaba habilitarse, inventé que la fortuna me había favorecido con una lotería.

Desde entonces ya no bailé ni en Hidalgo ni en el Principal las famosas *clodoches*,¹⁶ y como el estafador Cipriani resolvió eliminar del pago de las quincenas al cuerpo de baile, decidí poner a rédito mi hermosura y mi juventud.

VI LA PRENSA DE MÉXICO

Las aves y las flores son muebles de los que no puede prescindir una joven que busca en el perfume de la coquetería el vago encanto que adormece los sentidos.

Yo quise rodearme de jaulas y macetas, a pesar de que como narcótico no dejaban de aletargarme las visitas de algunos señores concienzudamente fastidiosos.

Entre ellos se distinguía un caballero que tuvo el candor de darse por aludido cuando un periódico se ocupaba del hombre más gordo, más rico y más contento de México.

La susceptibilidad no debe ser la cuerda sensible de un individuo que ha hecho dimisión de su inteligencia y que vegeta en el seno de la sociedad como una calavera sin cementerio.

El dinero es ciertamente un título, pero desde el momento en que la avaricia lo guarda todo en una alcancía, el blasón se desdora y el escudo palidece.

El joven en cuestión me trae a la memoria la historia del príncipe Colasino,¹⁷ y la repetiría con gusto si

la delicadeza de mi paladar no protestara vigorosamente contra la ingrata tarea de masticar endechas y seguidillas.

Gwynplaine solía acompañarse con un joven resueltamente tonto y que ha hecho voto de no doblar su espina dorsal.¹⁸

Rubio, alto, y con una barba irreprochable, Pepe no podía engalanar mi recámara sino en el sentido plástico de la palabra.

La lectura, la más difícil de las artes, ha sido siempre un culto para mí.

Me aboné a las dos únicas bibliotecas de la capital; pero desgraciadamente el esqueleto de los catálogos no presentaba sino libros viejos y novelas de la última categoría.

Resolví leer los periódicos, y aquí vengo a abordar una cuestión delicada.

La prensa representa en México el último escalón de la barbarie.

La oposición no se cansa de repetir lo que Bertrier decía al ministerio: “Habeis sabido comprar opiniones, pero no defenderlas”. Sus miembros tratan de aparecer espirituales; nada hay tan raro en el género humano como la originalidad: si se hace uso de ella, disminuye; además, las conveniencias encarcelan el pensamiento; los hombres no se atreven a ser libres teniendo miedo de comprometer o de errar el cálculo de sus intereses.

Se limitan entonces a repetir una fórmula, cuando mucho a presentar un mal juicio personal, o a lanzar imprecaciones, dejando muy atrás a los profetas de Sión. De día en día se hacen más cínicos, puesto que creen necesario aparecer fuertes, ilustrados y capaces de ir al fondo de las cosas exentos de ilusión. De discurso en discurso hacen confusos extravíos, puesto que cada uno presenta una teoría diversa, no existiendo la unidad de ideas ni siquiera en los puntos principales.

Hay otros que piensan tener los elementos propios para pasar a la posteridad, el genio, la persecución y la gloria. Se agregan a estos notables seres una multitud de ambiciosos que quieren retener un lugar o elevarse un grado.

Todas estas gentes cumplen con una consigna, recitan una lección, sueñan con la caída del gabinete; es lo único que desean sin saber por qué; son en las cuestiones políticas como las viejas a quienes se tiene el mal de hablar de religión: llenas de fe en los absurdos y de mala fe en la verdad. Hablan continuamente de los hombres de posición, evitan los términos decisivos, se deslizan por la superficie de las cuestiones difíciles y esperan recompensas o transacciones, inspiradas por el temor.

No existiendo la impresión propia, ¿cómo es posible que la reflexión ordene en este juego terrible contra esa disciplina impuesta por las conveniencias?

Existen algunos que viven inscritos en la filosofía del siglo XVIII, que recuerdan a Montesquieu en la asamblea, toman café como Voltaire y son amigos de los hombres como Mirabeau. Sus rasgos de vanidad y elocuencia los caracterizan, y las palabras, que impacientan consideradas como ideas, interesan si se miran como síntoma. Un soñador de la perfección democrática es una pieza rara, un suceso inolvidable; en ciertos momentos, cuando la inteligencia abandona la forma de las cosas para contemplar su esencia, el estado de esos mamíferos es delicioso; son capaces de matar a un ministerial si no está por la supresión de la pena de muerte y hacer estallar revoluciones desastrosas para afirmar la paz de su patria, a la que dan honra y salud.

Por una parte, los órganos oficiales del gobierno se entregan a la inocente ocupación de elaborar desde el fondo de su gacetilla una dosis de veneno, capaz de asfixiar el pulmón mejor organizado.

Cuatro periódicos merecen en México una mención especial: *El Federalista*, *El Monitor Republicano*, *El Abuizote* y *La Revista Universal*.

El primero desempeña en el circo de la publicidad el papel de *clown*; el segundo se contenta con estar redactado a la altura de sus lectores, la hez de la canalla; el tercero es una triste parodia del talento francés y se entrega sin rubor a un despecho sistemático; y el cuarto

se enorgullece de haberse convertido de poco tiempo a esta parte en libelo infamatorio.

Las demás publicaciones que infestan la capital sirven de coro a los cuatro anteriores y aspiran a alcanzar o el óbolo de los supersticiosos, o los aplausos del ministerio, o las promesas de los enemigos del gobierno, o la limosna del presidente.

Depravación y cinismo con pretensiones de honradez y de equidad, tal es el balance de la prensa, que ha sido dividida por un poeta que padece la epilepsia del valor en dos grandes familias: periódicos vendidos y periódicos que están de venta.

El talento de un hombre se aprecia por el volumen de sus versos y no se hace acreedor a la admiración de sus conciudadanos si, con más política que administración, no ha sabido encerrar su capacidad en la estrecha cárcel de un soneto.

VII PERICO

Iba tomando la nostalgia del placer proporciones alarmantes.

En vano busqué alguna aventura romancesca para recrear con ella mi imaginación.

Mis antiguas compañeras del cuerpo de baile o se habían vuelto a Europa, o se habían inscrito en los registros de la policía.

La tarifa es el epílogo de la prostitución y de la crápula.

Ni mi carácter, ni mi amor propio, ni mi interés privado me permitían estrechar la mano y mentir amistad a los que habían sellado su petaca con la marca P., como dicen en La Habana.

Una mujer pública en toda la horrible acepción de la palabra tiene inmensas ventajas sobre las filibusteras de la inmoralidad.

En un país donde los hombres nunca se arruinan por los caprichos de una mujer, ésta queda reducida a vender sus besos al tender la mano, señalando con la otra el cartel de los precios fijos.

Los jóvenes mexicanos quieren conquistar el amor de las actrices con almuerzos en el Tívoli y no extralimitan su esplendor porque nadie los convence de que el estómago no es la principal habilidad de una bailarina.

Por eso existen sin duda tantos pollos que, sin conocer otras emociones que las reprimendas paternas, se imaginan gastados en las turbulencias del mundo y resuelven casarse.

Para abrir con calma ese libro fastidioso que se llama “el matrimonio” y que resume todos sus atractivos en el prefacio, se necesita no haber pasado del regazo de una mamá impertinente a la jaula de bronce fabricada por *mister* Linet, donde las tenazas del amor conyugal oprimen el cuello del infeliz marido.

No pretendo demostrar que el sacramento matrimonial debe reservarse para los inválidos del templo de Venus, ni que es preciso tener dentadura postiza para morder el fruto del árbol prohibido, pero creo que debe ser muy triste encadenarse antes de comprender el sacrificio de la libertad.

Perico pertenecía a una familia distinguida y no era difícil convencerlo de que para completar su educación debía arrodillarse conmigo al pie del altar.

Para principiar su carrera me regaló un traje de amazona, que Sarre apuntó en la cuenta del papá bajo la forma de tres levitas.¹⁹

Este rasgo me inspiraba confianza y, como una prueba de cariño, exigí de mi amante un carruaje para asistir diariamente al Paseo.

Un usurero salvó la dificultad y al día siguiente asistí a Bucareli en un vehículo que llevaba mis iniciales.

No pretendí garantizar mi nobleza, pues afortunadamente en México los vestigios de la tradición sólo pueden acreditarse con pergaminos que remontan al saqueo de alguna hacienda.

La sangre azul es incompatible con el tlamapacurado, y querer restaurar la aristocracia con especieros y dueños de pulquerías es por lo menos tan imposible como reconstruir la torre de Babel con avellanas y pencas de maguey.

Por otra parte, no quise empañar mi cupé con el carcaj y la flecha de Huitzilopochtli, haciendo alarde de un origen que todo el mundo pondría en duda al escribir en mis tarjetas: la marquesa del Henequén.

En materia de genealogías nadie debe creer más que en la suya y, así, no me preocupé para hacer comulgar al buen Perico el lustre deslumbrador de mi ascendencia.

VIII LA MODA

Si es cierto que el pudor de la mujer empieza donde acaba su hermosura, me explico la creación continua de todos esos elementos destinados a encubrir las imperfecciones del sexo.

El lujo es para mí una necesidad y si he de hablar con entera franqueza diré que, en México, no se rinde culto a la verdadera elegancia.

La riqueza extravagante opaca por completo el buen gusto y puede citarse como regla general la sabia máxima de Montesquieu: “En fait de parure, il faut toujours rester au dessous de ce qu'on peut”.²⁰

El *chic* es una especialidad mucho más envidiable que las ricas sedas y las telas de cachemira y no tengo embarazo en decirlo, si bien no se me escapa que los que gritan contra el lujo no son generalmente sino pobres de mal humor.

Una mujer alhajada ostenta el tributo pagado a su belleza y no me parece insultar a la divinidad adornada con los sacrificios de sus devotos, advertirla que me re-

cuerda a un jefe mohicano cargado de los despojos de sus enemigos.

En cuanto a los hombres, diré de una vez que disculpo la miseria de su riqueza, puesto que la moda ha trocado la mantilla de blondas españolas por el sombrero Rabagas,²¹ centinela avanzado de las especialidades de Valeria.

En materia de modas tengo la convicción de que las regiones del norte han escrito la última palabra de las extravagancias.

Una vieja alemana, por ejemplo, es casi siempre coqueta y a pesar de eso romántica; y esto proviene sin duda de que en su país, como decía Emeline Raymond, una mujer tiene derecho a ser siempre pretenciosa y se cree en toda edad destinada a hacer conquistas romancescas: credulidad y materialismo con la máscara de lo ideal, tal es el fondo del carácter de su raza.

Las señoras de cierta edad deben borrar de sus aspiraciones el deseo de agradar, estrechando los límites de su guardarropa, y convertir las plumas asiáticas en joyas de color menos escandaloso. Las jóvenes deben seguir la moda para que las vean, mientras que las viejas deben hacer lo mismo para que no las miren. Vivir fuera de la moda es querer parar el reloj del tiempo, rompiendo las manecillas de un cronómetro de Lozada.

Las niñas tienen en México una debilidad que exageran mucho más que en Europa y en los Estados Unidos, que es cubrir con una capa de colorete y albayalde el marchito semblante que denuncia la falta de ejercicio, la clorosis y la consunción.

El envenenamiento lento, gradual y progresivo de las mujeres depende en gran parte de los objetos que tienen a su alcance, según lo prueba con curiosos datos el doctor Constantino James, en un estudio comparativo entre los trajes de las mujeres romanas en tiempo de Augusto y los de una parisiense del siglo XIX.²²

Los juguetes de las niñas se reducen generalmente a un rorro y a la trompeta de su hermano; pues bien, la muñeca debe su extraordinaria blancura al tinte de España y la trompeta al cromato de plomo, de donde provienen numerosos casos de intoxicación.

Cuando la niña llega a ser joven, adorna sus cabellos y su frente con flores artificiales, cuyas hojas verdes encierran el activo veneno de una sal arsénica.

El día en que la novia va a subir al altar, se engalana con espléndidos encajes que no se lavan porque perderían su inmenso valor y que se limpian por medio de carbonato de plomo, que amenaza transformar el velo de la desposada en la túnica-sudario de Neso.

El análisis químico no puede ser más desfavorable a las pomadas y cosméticos de que hacen uso las se-

ñoritas en su tocador, y se nota a causa de cuán fatales consecuencias satisfacen la ridícula vanidad de comprar un elogio cuyos derechos reclaman el perfumero y el alquimista.

La verdadera elegancia apenas se conoce en México. Ni en el teatro, ni en el Paseo suele hacerse gala de buen gusto, y conozco más de una señora que se figura que trayendo en el cuerpo todo el caudal de su herencia merece esos aplausos que el sentido común y la moda se han empeñado en negarle.

IX EL GARITO Y EL NIDO

Algunas noches lluviosas solían reunirse en mi cuarto del hotel Gual varios amigos para jugar *ecarté*.

Instalada en mi silla poltrona de seda blanca labrada, participaba yo de las ganancias y nunca de las pérdidas.

Los muebles de mi salita no pertenecían al establecimiento y este dato bien merece un detalle.

Un rico tocador duquesa con juego de cristal de Bohemia; varios jarrones chinos con violetas de Parma y heliotropos; un inmenso ropero de ébano con magníficas lunas biseladas; sobre el sofá de reps un perrito poblano destroza jugando un lujoso y perfumado pañuelo de encaje; mientras, alrededor de la mesa, las visitas esperan ansiosas que un griego levante el rey.

Las barajas siempre tienen su atractivo y la conversación se anima a medida que sube el interés.

Los albures tienen el privilegio de resumir las ganancias de la noche.

—Dos pesos a la sota.

—Tres *idem* al cinco.

Como es natural, viene el *valet de trèfle*,²³ significando a los griegos que la cruz es la señal del renacimiento.

El joven gordo, muy gordo, excesivamente gordo, tiene una afición decidida por los caballos.

¡Cuestión de simpatías!

¡El imán de la naturaleza!

¡La voz de la sangre!

La escena termina por lo común con un desorden general; entonces me veo en la obligación de despedir a mis huéspedes, que deben tener la franqueza de confesar que ninguno de ellos se ha arruinado en el garito de Paulina.

El silencio se restablece y la pálida luz de una lámpara alumbra indecisa el encantado *Venusberg*, donde se respira el perfume voluptuoso de una mujer cuya hermosura inédita no reclama ni el mármol de Córcega, ni los bronceos de Clésinger.

Para ser completamente feliz, basta decorar la escena con algunos trofeos de armas, como recuerdo de las guerras del Cáucaso, desmayarse sobre una discreta alfombra cubierta con las pieles de un tigre real y, antes de morir para el mundo, contemplar una vasija de Schiedam y pegar los labios a una pipa holandesa.

En mi secreto nido de amores debieran inscribirse las palabras encontradas sobre una lápida color de rosa entre las ruinas de Pompeya:

Hic habitat felicitas.

X LA VIRTUD

Más de una vez al cruzarme en la calle con una de las violetas del pudor, o al encontrarme con ellas en alguna tienda o en casa de la modista, he percibido estas palabras:

—Es una mala mujer.

El término es duro y estoy en mi derecho al vindicarme.

No agregaré un capítulo más a esa historia de lágrimas y suspiros que sirve de texto en la escuela romántica.

Tampoco me permitiré añadir una sola línea a la página del entusiasmo erótico que la lira de los poetas ha sellado con un punto final.

Se trata simplemente de encontrar la fórmula bajo la cual el realismo representa esa eterna utopía que se llama: amor platónico.

La idea de la mujer es la única que no es posible poner de acuerdo con esa virtud espiritual que se mancha con la sombra de un deseo y se marchita al contacto de un pensamiento.

Si la virginidad del cuerpo estuviese íntimamente

enlazada con la pureza del alma, entonces no habría en el mundo una sola mujer digna de entrelazar sus cabellos con la corona de azahares, símbolo consagrado del candor y de la inocencia de las flores.

Los hombres tienen, pues, que resignarse a tomar la idea que representa la palabra *doncella*, en una aceptación de tal manera relativa que queda reducida a un escrúpulo de conciencia y que por consiguiente varía según el termómetro moral del individuo.

Murger, en su *Bohemia*, dice que el amor platónico es tan insípido como un vaso de agua teñida con unas gotas de vino.

En efecto, ¿cómo disculpar el insípido culto de una religión cuyo templo sólo descansa sobre la buena voluntad de sus sacerdotes?

Ese mito que se llama la inocencia de la mujer no es más que la contrafigura de la coraza de cartón que toma el nombre del pudor del sexo.

No existe una sola joven de dieciocho años que no haya hecho desfilar ante su imaginación calenturienta la sombra de un Apolo desnudo, espiando la secreta hermosura de nuestras Venus con *puff* y crinolina.

En esta materia, la lujuria espiritual ha dicho ya su última palabra y por supuesto que lo que acabo de asentar respecto de las mujeres debe subrayarse siempre que se trate de los hombres.

Nuestras heroínas de Bucareli, esas tristes hermosuras del Zócalo y del teatro, son la más elocuente demostración de la vertiginosa influencia que una fantasía impura ejerce sobre el cerebro y comunica al cuerpo de la mujer.

Esas niñas pálidas y extenuadas que todos sabemos de memoria y que luchan contra la seducción espiritual, que entre paréntesis siempre les reserva el papel de víctimas, antes de haber llegado a su perfecto desarrollo ya se encuentran en la decadencia de su hermosura, como la pobre flor que se marchita sin haber desplegado su corola.

La frente velada, las manos húmedas y temblorosas, todo, todo revela los efectos de esa terrible fiebre de lujuria que en la patología interna debería registrarse en una nueva clasificación: la tisis moral.

El carácter que pierde su primitiva vivacidad denuncia como un nuevo síntoma el eminente peligro que corre la enferma; entonces la mamá se tranquiliza, convenciéndose a sí misma de que su hija está enamorada.

¿Enamorada, de quién?

Aquí principia la tarea del lápiz tallado en la escuela de las caricaturas; el verbo pasivo monopoliza el giro de la frase y la pluma toma el lugar de la persona que padece, como diría Herranz y Quirós.²⁴

Un pollito que usa cadena sin tener reloj y que se riza en casa de un barbero de segunda categoría, tal es generalmente el tipo soñado por la interesante consuntiva.

Habla del hastío del amor, pero en cambio se ruboriza cuando una traviata le vende un beso.

Persigue a su novia por todas partes; si la ve con el cabello suelto, se la representa a la hora del baño; si la mira subir a su carruaje, espía inocentemente sus pantorrillas.

¡Esto se llama amor platónico!

La ironía va tomando proporciones alarmantes y es necesario reír, aunque sea por última vez.

Tan solo en el caso de que la transición fuese violenta y de que el voluptuoso *boudoir* de Margarita Gautier sirviese de antesala al nido virginal de la princesa de Parma, me parecería prudente el temor de que una palabra color de rosa agitara un seno blanco y trasparente, que palpita tembloroso bajo el velo de muselina que lo cubre.

Pero no es así; raras veces suelen entrelazarse los cabellos de oro que sirven de lecho a los impúdicos amores de una ramera y los flotantes rizos de una magdalena arrepentida que enjuga con ellos los pies de un Cristo, rubio como el Oswald de Madame de Staël; soñador como el Werther de Goethe, y que Renan ha puesto a la altura de todos los corazones y de todas las inteligencias.

¿Por qué tantos escrúpulos si una cadena de desórdenes detiene a Mesalina en las puertas del templo?

¿Por qué teñirla tan a menudo con la tibia sangre de la inocencia, si la frente de una mujer

“annonce en rougissant les vertus de son coeur”,
como decía Voltaire en su *Mahomet*?²⁵

Lejos de mí el pensamiento de provocar una fusión entre Jorge Isaacs y las situaciones de Paul de Kock; pero sostengo que es imposible evitar en las escaleras de la vida un encuentro entre la dulce *María* y *La señorita del quinto piso*.

La delicadeza consiste en resguardar en las conversaciones la virtud de las mujeres honradas con el cuerpo de las cortesanas, de modo que sería estéril sofocar las maldiciones de una bacante para educar el lenguaje de una joven, y el simple hecho de intentarlo sería tan infructuoso como cerrar las casas de prostitución para que se moralice el pueblo, y tan inútil como suprimir las goteras para que no llueva.

Bentham y el judío Manasés han logrado ponerse de acuerdo y de hoy en adelante serán tratados con el mismo desdén el amor y la poesía, la abnegación y polichinela.

Las mujeres comprenden el éxito de las cortesanas y sienten una secreta envidia que pudiera ser el marco dorado de los desórdenes de una traviata.

Los hombres que viven con el siglo adoran a sus queridas porque tienen una peluca rizada o porque reportan a los treinta años el tormento que los chinos imponen a sus hijas cuando recitan desde la cuna las máximas de Confucio.

Sería tan absurdo vagar en un jardín en busca de tulipanes negros, como fijar en las hijas de Eva esas esperanzas poéticas que inducen a buscar ángeles, cuando ni siquiera se tiene el derecho de ambicionar mujeres.

El vaso de bendición que contiene la miel de los sentimientos puros se ha convertido en la espumosa copa de Galatea, que para convencer a Pigmalión de que es de fuego, necesita cubrirse con las pieles de Ganimedes y arrojar en el desenlace las cenizas de sus propios instintos a los pies de la estatua.

Sin embargo, todos los hombres pierden la mitad de su tiempo en buscar una mujer virtuosa y si la encuentran se creen un Dionisio en Corinto o un Mario sobre las ruinas de Cartago.

Como decía muy bien en uno de sus artículos el joven escritor José Negrete, es una injusticia que el *contacto de las dos epidermis* sea eliminado de las conversaciones para evitar el rubor que sienten las niñas al oír pronunciar su nombre.

No existe una sola mujer que comprenda la poesía del amor, ni que sea capaz de saber a punto fijo en qué

consiste la pureza; virgen santa e inmaculada, virgen de alma y de cuerpo, virgen de sus propios deseos, ignorante, ignorada, que nadie ha visto, que ninguno ha codiciado, y hasta cuyos pies nunca llegaron el incienso de la lujuria ni la ponzoña de un suspiro enamorado.

Las inválidas bellezas de nuestra Babel se contentan con invocar el sol de aceite de un teatro o las bujías de un baile para desnudarse bajo el pretexto de vestirse; y se figuran que poseen la firmeza de las vestales porque hacen alarde de *una cosa* que no conservan sino gracias a la torpeza de su seductor o a la vigilancia de un interés bastardo, único centinela de su título de virgen.

Esto es lo que se llama en la sociedad una doncella. Las mamás la visten de blanco y la adornan con una corona de azahares.

En la mañana siguiente el marido está pálido como para dar a entender que la virgen ha muerto.

Su cadáver yace junto a una cuna.

Eso significa que cuando muere una virgen, generalmente nace una mujer.

XI LA FUGA

Perdón! He dejado correr mi pluma permitiendo entrever todo lo que pienso, con una franqueza demasiado ruda.

No es rencor, despecho, odio ni mala voluntad, sino simplemente un pequeño desahogo que me apresuro a atenuar con la humildad de mis disculpas.

Dicho esto, he comprado el derecho de reanudar el hilo de mi relación. En uno de los cuartos inmediatos al mío, vivía un *perdido* que la sociedad ganaría mucho en eliminar de su seno.

El individuo aquel tenía la idea más triste del sentimiento artístico de sus vecinos. De día y de noche nos atormentaba entregándose a la desesperación de una gimnasia musical, ejecutando en el piano un verdadero Krüpp, la famosa fuga de Bach.

¡Cada nota era una detonación!

La admiración tradicional que inspira la fuga es para mí un placer problemático y no veo en ella sino la manifestación de un sabio armonista, que me hace apreciar la construcción musical sin despertar en mí

ningún sentimiento, sin inspirarme una idea y sin hacer vibrar la cuerda floja de mi emoción.

Las consideraciones reflexivas de ciertos inteligentes son para mí insoportables, pues no me explico el goce que inspira al oído esa avalancha de sonidos que se precipita, la satisfacción que procura al espíritu ese torrente de notas aritméticas, ni mucho menos comprendo de qué manera influya en la imaginación ese ruido metódico, ni por qué se ha de conmover mi alma bajo la influencia de esos logaritmos sonoros que me desesperan.

Los músicos deberían ser todos profesores de estética y así comprenderían mejor la antítesis y estarían más poseídos del sensualismo musical.

Pertenecía, o mejor dicho, había pertenecido al *highlife* mexicano, pero su conducta depravada y la ruina de sus intereses le habían cerrado todas las puertas.

Venía a visitarlo de vez en cuando un antiguo amigo suyo que tuvo la ocurrencia de reconstruir el edificio de su fortuna, imprimiéndole el sello de esa arquitectura original que se llama el dote de la novia.

Un día, al subir las escaleras del hotel, tropecé casualmente con ese caballero que venía a visitar a su amigo. El lance le sirvió de pretexto para acompañarme hasta mi cuarto y, como era natural, le ofrecí un asiento y un poco de conversación.

Después de cinco minutos de un minucioso examen, estaba yo perfectamente al tanto de las consideraciones que merecía mi interlocutor.

Era un capitalista que podía permitirse el lujo de pagar bastante cara la satisfacción de un capricho.

Me ofreció cubrir todas mis necesidades, pagar todas mis deudas, prevenir mis menores deseos y todo en cambio de mis besos y mis caricias.

Le advertí que tenía un *amant de coeur*.

Se defendió un poco, pero al fin admitió la cláusula; estuvimos de acuerdo y sellamos el pacto con un precioso aderezo que llevaba en el bolsillo, sin duda para su mujer, y que se apresuró a ofrecerme.

Me levanté, cerró las puertas, di dos vueltas a la llave, eché las cortinas del pabellón y contesté con un bostezo los suspiros del que me esperaba temblando de impaciencia en un rincón del diván...

XII LA CALUMNIA

Esa misma noche tuvo lugar una escena terrible en el seno conyugal.

Mi banquero, en su precipitación, no reparó en que al entrar a su casa iba envuelto en el lienzo vaporoso de mi casto calzoncillo.

Una sospecha cruzó por la mente de su esposa.

Levantándose ésta con la dignidad de una sacerdotisa romana se contentó, esgrimiendo el arma de su talento, con despreciar la infidelidad de su marido, resumiendo en un argumento radical los sofismas del adulterio.

—Mucho cuidado, caballero. El juego que habéis emprendido es peligroso y en él estáis seguro de perder; engañándome, sólo conseguiréis hacer bastardos, mientras que si yo sigo vuestro ejemplo os daré hijos legítimos.

La lucha era desigual.

Por una parte, el elemento financiero, por la otra, la justicia y la fría razón.

Entre la razón y el dinero es imposible vacilar: resolví que la fuerza del argumento se estrellara contra

las cuentas que tenía yo pendientes con Clara, Jourde, Pietra Santa, Baulot, Alard, Gual, García, Reynaud, Fourcade, Grave, Zivy, etc., etc., etc.

La Inglaterra perdió en unas cuantas horas más de treinta súbditos y desde entonces disfruté de un crédito que devolvió a mi agitado espíritu la tranquilidad y la paz.

Lo cierto es que nunca me preocuparon mucho mis deudas, a no ser cuando estorbaron la persecución de Fernando y me impidieron retener a mi lado al alegre Arrigotti, ese tipo incomparable a quien precipité en la cárcel de Belem, poniendo en sus manos la pistola de salón que hirió al marido (?) de la Repetto.

Una vez el orden moral restablecido, pude dedicarme con toda calma a mis pequeñas coqueterías femeninas.

Ya era vestirme de turca para soñar un serrallo de hombres, ya obligar al buen Perico a tomar en traje de carácter posturas académicas.

Traté de rodearme de tres o cuatro criadas y, cuando salía a la calle con todo mi séquito, me complacía en pasear una mirada insolente por los aparadores de los joyeros y modistas.

Los dependientes me saludaban con afectada amabilidad y los amigos de los míos me requebraban con una sonrisa maliciosa, como para dar a entender una cosa que juro a ustedes es absolutamente falsa.

Si todos los hombres que pregonan haber obtenido mis favores hubieran pisado siquiera el umbral de mi puerta, habría tenido que alfombrar tres veces el peristilo de mi antesala.

No lo digo por vanidad, pero creo haber sido la única de todas las damiselas del cuerpo de baile que ha traído a México su contingente de buen humor.

Todas las demás han creído que el país es una mina, pero ninguna de ellas ha sabido encontrar la veta.

Después de haber colocado todas mis acciones, no me quedaba otra cosa que hacer más que servir de pasto a la maledicencia.

¡Han inventado que soy casada!

Mi marido...

Este nuevo personaje entrará en escena en el siguiente capítulo.

XIII MI MARIDO

Una noche en que se hallaban reunidos en mi salita varios tertulianos recibí una carta. En el sobre se leían estas palabras:

Mademoiselle Pauline.

Hotel Gual.

México.

Ne pas detourner la lettre: elle vient de son mari.²⁶

Este último renglón ha servido de texto a una novela de la que se me ha hecho heroína.

De conjetura en conjetura, de suposición en suposición, se decidió casi por unanimidad que yo había venido a México abandonando el lecho del esposo; se inventaron escenas, se discutieron motivos, se comentaron anécdotas, etc., abonándolo todo a mi cuenta.

Es inútil rechazar los comentarios puesto que todos ellos no provenían sino de la humorada de uno de mis antiguos amantes de París.

El rumor circuló en el público y esto, como era de esperarse, agregó dos o tres capítulos a la leyenda.

No trato de vindicarme de un insulto.

Se asegura que estoy casada y simplemente afirmo lo contrario.

No veo cuál pueda haber sido la intención de los que han dejado vagar su fantasía sobre la historia de mi pasado, pero en todo caso, sea cual fuere, no he de concederles una importancia que no merecen.

Por malo que sea el matrimonio, siempre ha de ser mejor que las teorías de esas pobres niñas que se rebajan y degradan, entregándose a una vergonzosa masturbación moral.

Ciertas pollitas insustanciales se enamoran del tenor de todas las óperas y del galán joven de todas las compañías, y se creen con derecho de exigir al empresario que contrate siempre a un don Juan que tenga ojos tan azules como las turquesas que adornan la tabaquera del shah de Persia y cabellos tan rubios como la melena del león británico.²⁷

Cuando Reig, por ejemplo, se presenta en escena todos los anteojos lo buscan, lo estudian, lo admiran, y se nota en los palcos y en las plateas un movimiento rápido, igual, uniforme, que traiciona la debilidad imperdonable de un pensamiento virgen, revelando el profundo interés que inspira el Narciso de las bambalinas.

Confieso que antes de dejarme dominar por esa costumbre altamente ridícula, hubiera hecho cualquier sacrificio para obtener el amor de un hombre tan interesante que, entre paréntesis, apenas me explico su virtud.

Esa aureola de poesía que para muchas circunda la frente del galán joven no la reconozco ni la admito, ni la respeto.

Diez chalecos, veinte pantalones y cuarenta levitas no son títulos para mi cariño, pues de lo contrario tendría que pasar la vida enamorando a los hijos de algún sastre complaciente.

Una mano cubierta de anillos no es timbre de orgullo sino para el judío Manasés, y en cuanto a la costumbre de ver en el escenario a la primera dama muriéndose de amor por el galán, no es una rivalidad que me parezca digna de grandes batallas.

Pero, en fin, las gentes del teatro no están sujetas a las reglas generales y la mejor prueba es que los hombres cometen las mayores locuras por una bailarina o una actriz: la peor carne y sin embargo la más cara.

¿Por qué no se les ha de permitir otro tanto a las mujeres?

XIV ENTRE SOMBRAS

Llegó la hora de las revelaciones íntimas. Bajo ningún pretexto y por ningún motivo me creo capaz de servir de cómplice en una de esas tenebrosas conspiraciones del crimen que la ley castiga y los tribunales persiguen, pero en las pequeñas escaramuzas del vicio galante tengo la conciencia elástica y suelo hacer mis concesiones.

Es indudable que los delitos se atenúan cuando se llevan a cabo con guantes blancos.

¡La etiqueta, oh, la etiqueta!

No recurriré a la sutileza ni al sofisma para defender mi tesis.

La razón está en la conciencia de todo el mundo: la estafa no es más que un punto de apreciación general.

Es el caso que el marido del aderezo y los suspiros se presentó una tarde en mi cuarto.

Fingiendo un enojo imposible, invocando los términos más enérgicos del diccionario, se indignó porque hacía varios meses que desempeñaba un papel ridículo, manteniendo una mujer a quien otros ayudaban a gastar.

Le recordé nuestra primera entrevista, negándome a devolverle sus cartas que con instancias me pedía.

El cuerpo de delito estaba entre mis manos y no hay juez que entregue al delincuente las armas del proceso.

Otello sacó de su cartera un rollo de billetes de banco.

Inmediatamente le ofrecí una silla y entramos a deliberar.

La transacción estaba prevista.

—Dame dinero y toma tus cartas.

—He aquí dos mil pesos —me dijo sonriendo el que minutos antes parodiaba la cólera del moro de Venecia—; pues bien, si me entregas todos los papeles que puedan comprometerme y que están en tu poder, ofreciéndome volver a Europa en el próximo paquete, te pago el pasaje, saldo tus deudas y además te doy cien onzas.

—¿Cuánto tiempo me concedes para reflexionar?

—Veinticuatro horas.

—¿Y si rehúso?

—No es fácil.

—La insolencia me irrita.

—¿Quieres que me ponga de rodillas?

—¿Por qué no?

—Siempre caprichosa...

—Sé complaciente.

—Ya que te empeñas (*arrodiándose*).

—¿Por qué no te quedas por última vez a cenar conmigo?

—Imposible.

—¿Y si te lo ruego?

—Me ofreces que después de la cena...

—Todo lo que quieras.

—Entonces no hablemos más.

Aquí principia esa elocuencia que no puede escribirse.

Cada frase tendría que ser un punto de exclamación.

El crepúsculo vespertino había invadido mi recámara con la luz indecisa y moribunda del día que se va...

Entre suspiros y frases cortadas con la ortografía de una emoción creciente se percibía el vago perfume de una ilusión que muere...

¡Las flores se marchitan bajo el ardor del sol y la mujer se desmaya con el calor de los besos!

XV

!!!

Han pasado veinticuatro horas. Las condiciones han sido aceptadas y dentro de pocos días volverán a cerrarse las maletas y los baúles y continuará la peregrinación. Mi equipaje, menos ligero que a su llegada, revela que en México no he perdido el tiempo.

¡Cuántos hombres habrá en el mundo que no puedan decir otro tanto!

XVI
LA MISMA JERINGA

Toc, toc, toc.
—¿Quién es?
—Yo.
—Pase usted.

Y entra a mi cuarto un hombre de mediana estatura, como de cincuenta años de edad, grueso, elegante y de aspecto varonil y simpático.

Es el papá de Perico.

Viene también con la bolsa en una mano y un pasaporte en la otra.

Se trata de salvar a la mosca que se ha enredado en el tejido de la araña.

Amenazas y súplicas, pero con acompañamiento de fibra paternal, en vez de variaciones sobre el tema del séptimo mandamiento de la ley de Dios.

Irme porque para ello me ha pagado un individuo ya es una razón; pues bien, por si acaso no basta, se me ofrece una talega más y el valor del pasaje.

Acepto desde luego y ofrezco ejercer sobre un corazón mayor de edad la influencia y la magia de mi

hermosura sin tender en lo sucesivo la red de la seducción a los hijos de familia.

El papá se muestra complacido y en prueba de ello me ofrece... dos largas horas de conversación.

Ha estudiado el mundo en el libro de la experiencia y, a pesar de esta recomendación, persigue el ideal democrático.

Tiene sus ilusiones sobre la igualdad humana y dedicó un párrafo de invocaciones a ese principio santo que enseñaba y defendía la libertad en Grecia y Roma, que dictó leyes humanitarias bajo el imperio de los bárbaros, que fue social en tiempos de don Alfonso el Sabio, monárquico enfrente del feudalismo y revolucionario en época de privilegio.

Dejándose arrebatar por sus teorías sobre el cosmopolitismo, hirió mi orgullo nacional, ¡oh!, disertando sobre las glorias germanas. Me dijo que la patria del alemán no es solo aquella donde se habla el idioma de Schiller, se entonan los cantos de Burger, de Uhland y Arnim, donde se repite con entusiasmo el himno de Becker; no es la Prusia, ni el país del suabo rico en talentos y nobles caracteres; ni el Rin, ni la Pomerania, ni la Baviera embellecida por las artes; ni la Westfalia, ni la Sajonia orgullosa de sus glorias pasadas; no, la patria del alemán es mucho más vasta aún, pues como asentaba el ilustre poeta Ernesto Arndt, tiene por límites las fronteras del mundo.

Estos discursos, francamente, me interesaban poco y, a no ser por todo el respeto que me merecía el apreciable interlocutor, habría preferido oír relatar las aventuras de un género menos grave que deben, sin duda, haber ocurrido en el curso de su vida a mi señor suegro por derecho natural.

Entre todas las conversaciones, la más insoportable es para mí aquella que versa sobre las grandes cuestiones de política o literatura.

En estas materias nunca es posible estar de acuerdo; no existen dos personas que profesen la misma opinión.

Las controversias sobre materias de tanta trascendencia, como las que discutía consigo mismo la ilustre visita que se había dignado honrar mi habitación, son yerbas venenosas para la mujer. O se fastidia o fastidia a los demás.

Por fin, el papá de Perico puso término a su disertación.

Parece increíble, ¿verdad?, pues bien, nada más cierto, sino que comprendió que para ser demócrata no basta abdicar el título y tomando su sombrero me tendió al despedirse la mano izquierda.

Esa pequeña humillación no dejó de herirme y pensé vengarme, contestándosela; pero luego reflexioné que mi susceptibilidad era exagerada, puesto que la

mano izquierda es la mas útil de las dos; Fígaro decía: “es la que debe servir para casarse”.

Después de las ceremonias de rigor, cerré la puerta y abrí mi balcón.

XVII AMOR PLATÓNICO

Al asomarme a la calle llevaba un objeto y no lo hacía guiada simplemente por esa curiosidad, reglamentada como un reloj, que induce a las señoritas en México a salir a la ventana todas las tardes a las cinco y veinte minutos.

Las que tienen carruaje para ir al Paseo hacen una pequeña diferencia en la hora, pero no se resuelven a privar a sus vecinos o a sus novios del tiempo señalado para la contemplación.

Mientras llega Perico, a quien tengo que comunicar un proyecto interesante, un verdadero plan de campaña, aprovecharé estos momentos para indignarme de que todos los hombres se hayan dejado arrostrar por la fuerza del contagio y apenas exista un reducido número que no tribute homenaje a su propia necedad haciendo el oso.²⁸

El tecnicismo explica perfectamente esos paseos que el centinela de un ejército de suspiros y miradas no se cansa de hacer delante del enemigo: la novia.

En el teatro no la pierde de vista, en el paseo galopa detrás de su coche, en la iglesia oye misa a tres varas de distancia, en la calle la sigue con tenacidad.

Pues bien, ese hombre que cree estar enamorado y que piensa solo en ella ha tenido la debilidad de cifrar su dicha en una mujer a quien no conoce, puesto que nunca le ha hablado.

Amar a una joven sin haberla tratado equivale a inferirle una ofensa; es suponer que el cariño estriba en la fugacidad de un atractivo físico. Una nariz griega, una boca pequeña, unos ojos expresivos están lejos de ser títulos capaces de garantizar la nobleza de los sentimientos; y si la felicidad conyugal, la tranquilidad doméstica, la pasión amorosa, no tuviesen otra razón de ser que la hermosura de la esposa, o de la madre de familia, entonces la humanidad entera hubiera protestado contra la injusticia de una naturaleza que no conoce la perfección sino en una escala baja y miserable.

Nunca he podido explicarme esa tendencia absurda de probar la fidelidad del amor por medio de ridículas genuflexiones y de una correspondencia tristemente estúpida.

Yo por mi parte puedo asegurar que nada encuentro más eficaz para juzgar mal a un hombre que verlo entregarse a la contemplación de una hermosura problemática.

El éxtasis es una debilidad en los grandes genios, pero viene a ser un crimen imperdonable en todas esas medianías que no se distinguen por la claridad de sus percepciones.

No se le puede exigir a una mujer que no tiene otra misión en el mundo que casarse cierta abnegación para ver a los que la miran.

El amor ha sido la piedra de toque de todas las inteligencias, de manera que no hay más que resignarse cuando alguna persona, cuyo buen juicio no había sido puesto en duda, se deja dominar por la costumbre, que después de todo tiene fuerza de ley.

El amor todo lo allana, todo lo facilita, todo lo disculpa; así es que no hay que alarmarse cuando alguna eminencia se pone en ridículo por una mujer que ni lo aprecia, ni lo comprende, ni lo conoce.

Para el amor no hay obstáculo ni barreras y contesta siempre como el duque de Choiseul a la Delfina: “Ce qui est possible est fait; ce qui est impossible on le fera”.²⁹

XVIII LOS COBURGOS

Parecerá extraño este título a aquellos de mis lectores que no estén familiarizados con el *Almanaque de Gotha*.³⁰

Se trata de una familia de príncipes que se distingue por sus excelentes combinaciones matrimoniales.

Cada uno de esos nobles sin trono ha sabido disputar a la fortuna un pedazo de corona.

Los Coburgos mexicanos, en vez de una diadema para su cabeza y un cetro para sus manos, buscan en la bendición nupcial una bolsa llena de oro para legitimar su posición.

Para ellos las cláusulas del contrato están escritas sobre una libranza.

La mujer ha girado su fortuna, la acepta el papá y se la endosa a su yerno que la recibe como vale al portador.

Una vez recogida la firma, el matrimonio se reduce a una prestación de servicios.

La mujer los paga mientras duran sus fondos.

El día en que se acaban, el marido respalda la letra y la esposa tiene que declararse en quiebra.

Las quiebras en el matrimonio se expresan generalmente con la palabra divorcio.

Se abre el concurso de acreedores y entran en juego los amantes de la mujer y las queridas del hombre.

Si la bancarrota ha sido fraudulenta se lleva el asunto ante los tribunales. Este procedimiento se traduce por la siguiente fórmula: juicio sobre adulterio.

La sentencia del juez decide sobre la honra de los esposos.

Decisión de culpabilidad; veredicto condenatorio.

Los Coburgos han subido al trono; ya tienen la frente coronada.

Este es el porvenir de esos jóvenes que se dedican por su educación y por su pereza a la triste misión de Coburgos.

En México abundan esos tipos tristemente célebres, todo el mundo los señala con el dedo. Yo los conozco y ellos lo saben, y sin embargo la sociedad, esa cortesana voluble y caprichosa, los mimaba y recibe en su seno, los adula y los considera.

Estas reflexiones me ocurrieron al ver desfilar ante mis balcones una turba de necios que creyeron descubrir en mis faltas más infamia y más bajeza que en su conducta miserable.

El más profundo desprecio es el único sentimiento que me inspiran y ni sus insultos ni sus ofensas me hieren ni me alcanzan.

La mujer caída es la flor que se doblega; el hombre que se degrada es la serpiente que se arrastra.

XIX EL PROGRAMA

L legó Perico en esos momentos. Le conté todo cuanto había pasado, pintándole con los colores más vivos la imperiosa necesidad de tomar cuanto antes una resolución radical.

Su cerebro, víctima de la más desoladora epidemia de ideas, se entregó a una especie de lucha intestinal, algo como la digestión del elefante.

Tomé la palabra y el plan quedó combinado en pocos instantes.

Se trataba de defraudar la solicitud del padre y la tranquilidad del esposo. El primero era bueno, amable, complaciente, sensible y generoso; no le faltaba, pues, casi nada para ser desgraciado. En cuanto al segundo, su debilidad consistía en creerse fuerte; su pretendido estoicismo sólo podía disculparse con la admiración que nos inspiran las cualidades que estamos más lejos de tener; de esa admiración se pasa gradualmente al sentimiento de carecer de ellas, al deseo de adquirirlas, a la convicción de poseerlas, a la vanidad de ostentarlas.

Ambos eran candorosos.

Mi simple voluntad bastaría para engañarlos.

XX
CAE EL TELÓN

Eran las once de la noche. En las escaleras del hotel Gual se notaba un movimiento, una agitación, que no eran naturales y que turbaban la ordinaria quietud de la isla del Espíritu Santo.

Mozos bajando baúles y maletas, criados trayendo y llevando envoltorios, algunos amigos estacionados en la puerta de mi cuarto; los pasajeros y vecinos asomándose a los corredores para informarse acerca del porqué de esa revolución.

Yo entretanto estaba en el cuarto de una de mis antiguas compañeras del cuerpo de baile, había subido para ver si lograba cobrar unos picos que me debían.

Todo fue inútil.

Ya que no pude conseguir mi dinero, me desahogué diciendo horrores que ella escuchó con tranquilidad.

Ya sabía que los avestruces digieren las piedras, pero no podía creer que hubiera gentes que tragasen cierta prosa con tanta facilidad.

Ahorraré las escenas de la despedida.

Al llegar al tren dije adiós por última vez; algunas personas me hicieron encargos para París, otras me dieron cartas, éste me pidió un beso por cuenta de Antonia, aquél me regaló un abrazo en cambio de los que yo le había dado.

En una palabra, el menos crédulo no vaciló en figurarse que me vería dentro de un par de meses en el bosque de Boloña.

Europa volvía a tenderme sus brazos; el tren se puso en marcha, se agitaron los pañuelos, se oyó el silbido de la máquina... por última vez: ¡Adiós México!

EPÍLOGO

Al leer las anteriores líneas que la imprenta me remitió en forma de pruebas, no pude menos de dirigirme a mí misma esta indiscreta pregunta cuya solución dejo a cargo del curioso lector:

¿Se habrá embarcado Paulina?

NOTICIA DEL TEXTO

La primera edición de *Memorias de Paulina*, de la cual se desprende la presente, se publicó en México, el 3 de octubre de 1874, por la Imprenta Políglota sin consignar datos del autor ni editor, omitiendo las leyes que obligaban a declarar datos verídicos en el pie de imprenta. De acuerdo con la primera edición, la dirección de dicha imprenta era: Calle Santa Clara, esquina al Callejón. Fue llamada folleto y libelo infamatorio en su contexto. Esa supuesta imprenta fue la que aparecía en la página legal de *El Correo del Lunes*, periódico fundado por José Negrete en 1879 y el cual dirigió hasta 1882. De acuerdo con Adriana Sandoval, en “La censura y *Memorias de Paulina*”,³¹ en su momento se detectó que el editor fue Jorge Ainslie. Sandoval también menciona que, debido al escándalo que provocó el juicio de la novela, ésta tuvo una reimpresión que también omitió el pie de imprenta.

De la obra existe una edición reciente. En 1986 la editorial Premià, en su colección La Matraca, segunda serie, editó en coedición con el Instituto Nacional de

Bellas Artes las *Memorias de Paulina* y *Memorias de Merolico* de José Negrete en un sólo volumen y se reprodujeron las portadas originales en facsímil.

El original se encuentra disponible en el catálogo general de la Biblioteca Nacional de México.

JOSÉ NEGRETE
TRAZO BIOGRÁFICO

José [María Martínez] Negrete nació en Bruselas, Bélgica, en 1855 y murió en Tepic, Nayarit, en 1883.³² Fue hijo de un diplomático mexicano, de ahí su nacimiento en el extranjero. Llegó a México a los 11 años. Estudió en el Colegio de San Ildefonso y, posteriormente, leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Fue diputado por Sinaloa en el Congreso de la Unión, defensor de Sebastián Lerdo de Tejada y posteriormente opositor de Porfirio Díaz y Manuel González. Fue conocido como periodista combativo, considerado escritor de segundo orden por su falta de escrúpulos y su función de golpeador de reputaciones en la prensa. Fue amigo de Adolfo Carrillo y Salvador Quevedo y Zubieta, con quienes compartió su labor de escarnio y amarillismo en la prensa del último tercio del XIX mexicano.

Fundó y dirigió el semanario *El Correo del Lunes*, del cual fue director en su primera época, de 1879 a 1882, año en que dejó el periódico en manos del jalisciense Adolfo Carrillo, debido a que obtuvo un puesto

de diputado en el Congreso. Carrillo cuenta, en sus *Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada*, que el joven e incendiario escritor fue novio de Carmelita Romero Rubio antes de que ésta se desposara en segundas nupcias con Porfirio Díaz. De acuerdo con Adriana Sandoval, murió en Tepic, Nayarit, a causa de una epidemia de alguna “fiebre perniciosa” que asoló varios estados del país en 1883 (presumiblemente en la costa del Pacífico) y que sería la misma que provocaría el deceso de la cantante Ángela Peralta en Mazatlán, Sinaloa.

Empleó varios seudónimos, entre los que destacan: X. Y. Z., Mefisto, Miruelas, Belcebú y Celestina Campanillas. Publicó: *Memorias de Paulina* (1874), *Memorias de Merolico* (1880), *Historias color de fuego* (1875), *La niña mártir* (1878), y una traducción de *La hija adoptiva* de Alejandro Dumas (1878). Se le atribuye el libelo *El verdadero Porfirio Díaz* (1911).

NOTAS

¹ Dice textualmente Ceballos: “El popularísimo Pedro Micoló contrajo matrimonio con una artista francesa, retirada de las bambalinas, llamada Paulina Delafontaine, protagonista de las *Memorias de Paulina*, mencionadas ya, inofensiva novelilla de tendencias pasquinescas, de anónimo autor en lo ostensible, aunque atribuida en voz baja por los maliciosos, al afrancesado escritor José Negrete, quien ingenuamente se creía un libelista de gran procacidad, no siéndolo”. Ciro. B. Ceballos, *Panorama Mexicano 1890-1910 (memorias)*, edición y estudio introductorio de Luz América Viveros, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 162. Debo este dato a la investigadora Luz América Viveros.

² José Negrete, *Memorias de Paulina / Memorias de Merolico*. México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Premià Ediciones, 1986 [La Matraca, Segunda Serie, 16], p. 87.

³ Adriana Sandoval, “La censura y *Memorias de Paulina*”, *Literatura Mexicana*, revista del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. XVII, núm. 2, México, 2006, pp. 5-23.

⁴ Ninon de Lenclous [París, 1620-1705] fue escritora, cortesana y mecenas francesa. Sus publicaciones son escasas. Su

obra más famosa, *Cartas al marqués de Sévigné*, es atribuida y presumiblemente no escrita por ella. Las cartas fueron reeditadas, traducidas y consumidas por diversos públicos durante los siglos XVIII y XIX, debido a su naturaleza escandalosa y atractiva en la que la mujer cortesana (Lenclos) defiende la vida galante de las mujeres, la libertad y la friolidad para resistir a la tiranía del matrimonio. Se convierte como epígrafe en una clave de lectura para *Memorias de Paulina*. Aquí puede consultarse y descargarse una edición española, hecha en el XIX, de las famosas cartas: [<http://www.cervantesvirtual.com/obra/cartas-de-ninon-de-lenclos-al-marques-de-sevigne-tomo-i/>](http://www.cervantesvirtual.com/obra/cartas-de-ninon-de-lenclos-al-marques-de-sevigne-tomo-i/>), [consulta: octubre de 2018]. La traducción de la frase es: “Si una mujer habla de sus amores no nos atreveríamos jamás a burlarnos”. Traducción de César Cañedo.

⁵ La Comuna fue un breve movimiento de insurrección que gobernó París de marzo a mayo de 1871. *Petroleuse* es el término que designaba a unas supuestas mujeres que apoyaban el movimiento. Se convirtieron en mito y se rumoraba que incendiaron con petróleo algunos edificios. El término, además, está asociado con la clase social baja, la personalidad incendiaria y la prostitución femenina. Véase: Guy L. Gullickson, *Unruly Women of Paris: Images of the Commune*, Nueva York, Cornell University Press, 1996.

⁶ El simón fue un tipo de carruaje popular durante el siglo XIX. En el imaginario de la época se pensaba como un coche para negocios y para amantes.

⁷ El polifacético artista y escritor José Juan Tablada (1871-1945) reconoce a Recamier como uno de los chefs más importantes de la gastronomía francesa, que vivía un auge en el país durante el último tercio del siglo XIX. Véase: José Juan Tablada, *Obras IX, La feria de la vida. Memorias 1*, Fernando Curiel Defossé (estudio introductorio y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2010.

⁸ Setas.

⁹ “Cocotte” tiene el sentido de prostituta elegante.

¹⁰ El polémico político y escritor Francisco Bulnes (1847-1924) colaboró, entre otros, en el periódico bisemanal de oposición *La Orquesta* (1861-1875). Esta publicación tuvo un tono mordaz y la característica de incluir caricaturas políticas. El 18 de enero de 1870 se publicó un artículo de Bulnes en el que anunciaba que en los días previos el cancan llegó a México causando escándalo entre las señoras. Bulnes, en el artículo que probablemente sea al que alude Negrete, no condena el cancan, sino que celebra su erotismo. Extractos del artículo de Bulnes y la información anterior pueden consultarse en: José Ortiz Monasterio, *Patria, tu ronca voz me repetía: biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1990, p. 124.

¹¹ Nombre de una opereta famosa de la época, asociada con el auge del espectáculo nocturno de cabaret, *burlisque* y la comedia musical. Fue estrenada en París en 1867 y tuvo

muchas representaciones y éxito. Compuesta por Florimond Hervé (Louis Auguste Florimond Ronger, 1825-1892), autor que competía directamente con el otro gran compositor de espectáculos musicales de la época, Jacques Offenbach (1819-1880). La frase *crever un oeil* se traduce generalmente como “sacar un ojo”.

¹² En el original con la errata *Julipe Orageuse*. La *tulipe orangeuse* hace alusión a un tipo de paso de baile asociado con el cancan que consiste en levantar las faldas amponas a la altura de la cabeza. También fue una melodía alternativa del clásico cancan. Véase la referencia al argot francés en esa lengua: <<http://www.russki-mat.net/page.php?l=FrFr&a=Tulipe%20orangeuse>>, [consulta: octubre de 2018].

¹³ “*en grande tenue*” refiere a “en traje completo”.

¹⁴ El Bal Mabilie o jardín Mabilie fue un famoso salón de baile de París, fundado en 1831 por Monsieur Mabilie, un instructor de baile de la época, destinado originalmente para sus estudiantes. Fue abierto al público en 1844 y cerró en 1875. Era un conocimiento de época que el cancan surgió en ese salón. El escritor español José María de Pereda (1833-1906) habla en sus *Escritos de juventud (1858-1879)* del cancan en el Mabilie, del impacto que representó este baile y el escándalo y fascinación por algunas bailarinas que tenían la capacidad de levantar la pierna hasta alturas cercanas al rostro. Véase la edición digital del texto de Pereda: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/escritos-de-juventud--0/html/>>, [consulta: octubre de 2018].

¹⁵ Enrique Escabasse, peluquero, administrador de La Elegancia (segunda calle de Plateros y del Espíritu Santo, hoy Francisco I. Madero e Isabel la Católica, en la Ciudad de México), salón dedicado al corte y arreglo del cabello, venta de perfumes, pelucas, castañas y otros artículos de tocador. Véase “Anuncios”, *El Federalista*, México, 28 de diciembre de 1871, p. 4. Escabasse murió de fiebre tifoidea el 22 de octubre de 1874.

¹⁶ Baile burlesco ejecutado a ritmo de cancan por una cuadrilla formada por cuatro hombres disfrazados: un gendarme, un bombero y dos travestis. Debe su nombre a Clodomir Ricard, llamado *clodoche* (vagabundo), fundador de la compañía que presentaba dicho baile en los salones parisienses. Georges Montorgueil [Octave Lebesgue], “París al día. ¡Clodoches!”, *El Globo*, Madrid, 13 de abril de 1894, p. 1.

¹⁷ Personaje de la zarzuela *Sueños de oro* (1871) de Luis Mariano de Larra (1830-1901). La historia se desarrolla en una aldea visitada por la Fortuna, la Hermosura y la Virtud, quienes prometen a los habitantes cumplir sus sueños. El príncipe Colasino (Colás) recibe una vasta herencia con la cual pretende desposar a la duquesa del Caracol (Carmen). Sin embargo, las misteriosas mujeres anuncian que los sueños han terminado, los aldeanos vuelven a su vida inicial y sólo son beneficiados quienes escogieron el camino de la virtud.

¹⁸ Protagonista de *L’homme qui rit* (1869) de Víctor Hugo (1802-1885). En su infancia, el personaje escapa de un

comprador de niños que le ha deformado el rostro. Al huir, encuentra a Dea (una bebé privada de la vista) y ambos son acogidos por Ursus. Con el tiempo, Gwynplaine se convierte en un famoso saltimbanqui y es invitado a presentarse en el palacio de la duquesa Josiana; se niega a asistir, por lo que es llevado a prisión. Ahí descubre que es heredero de un noble inglés y le son devueltos sus derechos. Decepcionado de su nueva vida, resuelve escapar y acude a los brazos de Dea, sin embargo, la encuentra a punto de morir. Abatido, Gwynplaine se suicida.

¹⁹ Louis Thomas Sarre Sigaud se inició como sastre cortador en la Sastrería Mexicana Madaleno y Gardety (1871); posteriormente inauguró su propio establecimiento en la esquina de Puente del Espíritu Santo y Coliseo Viejo (hoy, esquina de Isabel la Católica y 16 de Septiembre, en la Ciudad de México). Véase, Juan Latapí Sarre, “La familia Sarre en México”, *Gaceta*, publicación de la asociación Raíces Francesas en México, núm. 8, México, septiembre de 2011, pp. 14-17. Disponible en <http://www.rfm.org.mx/portail/images/photos/Publications/Gazzetes/boletin8rfm.pdf>, [consulta: noviembre de 2018].

²⁰ “En cuanto a joyas, uno debe mostrar siempre menos de lo que podría”. Traducción de César Cañedo.

²¹ Accesorio que podía estar hecho de paja blanca, forrado de azul con plumas blancas y ala de tórtola. Condesa de Renneville, “Revista de la moda”, *El Monitor Republicano*, México, 10 de noviembre de 1872, p. 3.

²² Se refiere al doctor en medicina Constantin James (1813-

1888), *Toilette d'une romaine au temps d'Auguste et cosmétiques d'une parisienne aux XIX^e siècle*, París, Librairie de L. Hachette et Cie., 1865. No fue posible ubicar una traducción de la obra, por lo que se remite a la edición francesa: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k9800706n>, [consulta: noviembre de 2018].

²³ Actualmente representa a la jota o sota de tréboles en la baraja francesa.

²⁴ Se refiere al ejercicio gramatical que Herranz y Quirós (1755-ca. 1837) propone para distinguir las partes de una oración. Véase Diego Narciso Herranz y Quirós, “Artículo IV. De la oración gramatical”, *Elementos de gramática castellana*, San José, Imprenta de la Paz, 1855, p. 77. Disponible en <https://archive.org/details/elementosdegrama00herr/page/76>, [consulta: noviembre de 2018].

²⁵ *Le fanatisme, ou Mahomet le prophète*, traducida como *El fanatismo o Mahoma*, es una tragedia de Voltaire, estrenada en 1741. La traducción de la frase es: “anuncia, ruborizándose, las virtudes de su corazón”. Traducción de César Cañedo.

²⁶ Probable errata: *retourner* en vez de *detourner*. La frase diría: “No regresar esta carta, es de su marido”. Traducción de César Cañedo.

²⁷ El shah, título que desde la antigüedad recibían los monarcas de Persia (hoy aplica para Irán).

²⁸ En el México de la época esta expresión tenía el significado de cortejar a alguien.

²⁹ Se refiere a la famosa y polémica reina de Francia María Antonieta. La frase es: “Lo que es posible ya lo hicimos; lo imposible lo haremos posible”. Traducción de César Cañedo.

³⁰ Fue considerado como un directorio de la nobleza europea; éxito editorial que obtuvo mucha fama. Aparece por primera vez en 1763 en Alemania, por el editor Justus Perthes, y se publicó anualmente hasta 1944. Véase la página oficial de la sociedad del *Almanaque de Gotha*: <<http://almanachdegotha.org/index.html>>, [consulta: octubre de 2018].

³¹ Adriana Sandoval, “La censura y *Memorias de Paulina*”, *Literatura Mexicana*, revista del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. XVII, núm. 2, México, 2006, pp. 5-23.

³² Con información del artículo de Adriana Sandoval, “La censura y *Memorias de Paulina*”, *Literatura Mexicana*, revista del Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. XVII, núm. 2, México, 2006, pp. 5-23, y de Ángel Muñoz Fernández, *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*, tomo II, México, Factoría, 1995.



Memorias de Paulina, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 28 de noviembre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de JOSÉ LUIS ALONSO CRUZ.